

Democratización y concienciación en la huelga de Vitoria de 1976



JON MARTÍNEZ LARREA

(Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea)

Introducción

En este artículo analizaremos la huelga que se desarrolló en Vitoria a comienzos de 1976, centrándonos especialmente en su papel democratizador y en el empoderamiento colectivo que supuso. En nuestra opinión fue clave en la profundización del cambio político, y se guió por la democracia directa.

A nuestro entender, el caso de Vitoria demuestra que ante el proceso de reforma del régimen hubo propuestas de democratización alternativas a las impulsadas por los Gobiernos postfranquistas. Tampoco podemos obviar que en escasos dos meses la clase obrera y una parte importante de la sociedad vitoriana alcanzó un fuerte nivel de concienciación y fue poniendo en duda todos los pilares del régimen. Esa concienciación también afectó a las mujeres, que fueron descubriendo su situación subalterna, y fueron clave para la extensión de la lucha. Esta huelga, como es conocido, acabó con la matanza del 3 de marzo.

Además de agrietar la versión hegemónica de la Transición, los hechos de Vitoria nos ayudan a comprender los cambios producidos en la sociedad alavesa desde mediados del siglo XX.

El antifranquismo alavés

Hasta fechas recientes, desde la historiografía se ha minusvalorado el papel del antifranquismo alavés, pero la apertura de los archivos del Gobierno Civil y la historia oral han ayudado a matizar esta percepción.

Tras la Guerra Civil los partidos históricos (PNV, PSOE y PCE) consiguieron mantener su estructura en la provincia, aunque su influencia en la sociedad, más allá de algunas acciones simbólicas, era mínima. Sin embargo, en 1962 el Gobierno Civil se mostraba preocupado por la apatía que mostraba la población hacia las actividades promovidas por el Régimen, resumía que:

«existe una cierta dificultad para fomentar manifestaciones “espontáneas” de tipo político positivo, mientras las actividades desidentes (sic), si bien operan en un clima de “conservadurismo” que les es hostil, no encuentran una resistencia práctica [...] que impida su labor».¹

Esa misma década se produjeron los primeros cambios dentro de la oposición, destacaremos la aparición de ETA, el resurgimiento de la cultura vasca impulsada por la sociedad Manuel Iradier, las nacientes ikastolas, o el catolicismo social nucleado en el Secretariado Social Diocesano y la figura del sacerdote Carlos Abaitua. El Secretariado fue clave en la acogida y socialización de los nuevos vitorianos, a través de iniciativas como los Centros Sociales de Adurza y Errekaleor, o las residencias de obreros y obreras. Podemos afirmar que parte de la juventud alavesa comenzó a socializarse en entornos ajenos al régimen, lo que sería un caldo de cultivo para el surgimiento de una nueva oposición.

Sin duda alguna, será en la siguiente década cuando se produjo cierto despegue opositor, en el que fue clave el recambio generacional en las organizaciones históricas como el PSOE y la creación de nuevas, generalmente encuadradas en la izquierda radical, como LCR-ETA VI, ORT o los sectores anticapitalistas.

Esta oposición renovada fue conectando poco a poco con la nueva clase obrera. Esta había surgido en un rápido proceso de industrialización que multiplicó la población vitoriana, atrayendo a miles de personas procedentes de distintos puntos de la península, por lo que la población pasó de 52 445 habitantes en 1950 a 173.137 en 1975.

La huelga de Esmaltaciones San Ignacio en 1969 ya había despertado la solidaridad en otras fábricas, que se manifestó en paros y colectas. La de Michelin en 1972 fue un precedente por su duración, por su rechazo al Sindicato Vertical y por su traslación a la calle. Esto levantó las alarmas entre las autoridades, por ejemplo el Gobierno Civil afirmaba que «la ampliación, por solidaridad, del conflicto a otras empresas y, sobre todo, la situación de violencia a la que se llegaría no tenían precedentes en la provincia».²

Este conflicto, a corto plazo, fue visto como un fracaso, ya que además de no conseguir los objetivos, supuso el despido de 30 trabajadores y diversas detenciones. Sin embargo, creemos que supuso un paso adelante en cuanto a la conexión entre la nueva clase obrera y la creciente oposición.

En los siguientes años, sin llegar a la magnitud de la huelga de Michelin, diversas empresas (Forjas Alavesas, Ugo, Esmaltaciones San Ignacio, Areitio, Aranzabal...) se vieron envueltas en conflictos por diversos motivos: salario, siniestralidad laboral, falta de higiene, fichaje, primas, castigos... En muchos casos comenzaban negándose a realizar horas extras y continuaban con huelgas de brazos caídos, por lo que no tenían repercusión en las calles.

Sin embargo, un patrón se repitió en diversos conflictos, el papel del Sindicato Vertical que intentó resolver estos dentro de la legalidad. En un primer momento consiguió apaciguar la situación, pero en muchas ocasiones los conflictos se reactivaban, dejando en evidencia la actuación del Sindicato, y comenzando a crecer una desconfianza hacia él entre importantes sectores de la clase obrera.

Por otro lado, como consecuencia de la inexistencia de una organización hegemónica y de la cooperación entre los distintos sectores en diversos conflictos, se fue avanzando hacia la unidad de acción que se formalizó a finales de 1974 en torno a la Coordinadora Obrera de Vitoria (COV), que agrupaba los distintos comités y comisiones de fábricas.

Esta sirvió para unificar luchas y para la creación de una plataforma reivindicativa común, que sería similar a la de la huelga de 1976. En cierta manera supuso la aparición de una vanguardia joven y radical, que a pesar de sus diferencias mantenía un programa de mínimos común, basado en la extensión de las asambleas de fábrica y en el rechazo al Sindicato Vertical. El propio Sindicato constataba el incremento de la labor opositora:

«Los grupos de oposición sindical buscan por todos los medios el erosionar a la Organización Sindical y con este objeto lanzan constantemente octavillas, tratando de realizar una plataforma o programa de cara a la obtención de mayores ventajas, ello tras su discusión en asamblea de una serie de modificaciones salariales, generalmente con carácter igualitario».³

Por otro lado, también constataba su fracaso en la labor de formación, tras no conseguir la asistencia de obreros de diversas empresas (BH, Cablenor, Mevosa, Forjas, Areitio, Ugo...) a sus cursillos, por eso advertía:

«Sin ánimo de hacer vaticinios sí es previsible pensar que los futuros conflictos colectivos que puedan plantearse incidan más en este tipo de empresas, al carecer de plataforma de trabajadores que conozcan y defiendan la legalidad vigente y estatutos del trabajador, pudiendo producirse, en consecuencia, situaciones de tensión extrema (sic)».⁴

Para finalizar este apartado queremos resaltar el eco que tuvieron en Vitoria las movilizaciones contra las últimas penas de muerte del Franquismo. Aunque apenas alteraron el mundo laboral, sí que demostraron la existencia de una oposición diversa en la provincia que se manifestó desde agosto casi diariamente a través de lanzamiento de propaganda, encierros en iglesias, saltos o manifestaciones que llegaron a congregarse a cientos de personas. Al tiempo que la represión fue aumentando con la multiplicación de detenciones y la aparición de grupos parapoliciales.

Esta tensión se mantuvo hasta el final del año, alternándose reivindicaciones políticas, en las que se exigía el fin del régimen o la amnistía, con laborales, debido a la inminencia de la renovación de los convenios. En este contexto la COV exigía extender las asambleas a todas las fábricas, no caer en «las negociaciones traidoras» del sindicato vertical y que ninguna lucha se quedase aislada.⁵

El comienzo de la huelga

El dictador moriría en la cama, pero su fallecimiento supuso un revulsivo para las expectativas de cambio de amplios sectores de la población, incluso desde el propio Régimen se comenzaron a lanzar mensajes de democratización. En opinión de Xavier Domènech:

«con la muerte de Franco los diferentes ritmos sociales, culturales y políticos, todos ellos impregnados de una nueva realidad económica (la crisis del modelo de crecimiento inaugurado en las principales economías mundiales después de la Segunda Guerra Mundial), se unieron y se tensaron en un solo tempo: el cambio político»

(Domènech, 2011, 199)

Al mismo tiempo, el impacto de la Crisis del Petróleo se empezó a sentir especialmente sobre la clase obrera, ya que a partir de 1974 el aumento del coste de la vida se fue notando en el incremento de los productos de uso diario. El ministro de Hacienda, Juan Miguel Villar Mir, para hacer frente a la situación implantó un decreto de congelación salarial aduciendo que «los españoles hemos vivido, sobre todo en 1974 y 1975, por encima de nuestras posibilidades...».⁶

En 1976 el fenómeno huelguístico se difundió por todo el Estado alcanzando las 110 millones de horas perdidas, frente a las 10 del año anterior, mientras que 3,5 millones de obreros y obreras participaron en ellas. Al tiempo que alcanzó a sectores que anteriormente no se habían visto envueltos. Como afirman Carmè Molinero y Pere Ysas:

«fueron muchos los trabajadores que por primera vez superaban el miedo a las represalias patronales y policiales y se sumaban a las protestas. Indudablemente el contexto político era decisivo: las expectativas de cambio alimentadas por el propio Gobierno contribuyeron a la movilización».

(MOLINERO, YSÀS, 2018)

El año comenzó con importantes huelgas que pusieron en alerta al Gobierno. Por un lado, en Madrid diferentes sectores como la construcción, el metal y el metro se declararon en huelga en enero. Por otro lado, en el cinturón obrero de Barcelona se desarrollaron diversas huelgas como la de Laforsa de Cornellà que llegó a paralizar la comarca del Bajo Llobregat durante 16 días, o la que paralizó Sabadell a finales de febrero en contra de la represión policial. También en Euskal Herria en diversas empresas y localidades comenzaron conflictos.

El Gobierno veía con preocupación este fenómeno y en enero Martín Villa ya advertía de los límites: «Queremos abrir cauces, instaurar libertades, pero no permitiremos que esto se convierta en una jungla», por eso aseveró que no toleraría las huelgas «cuando las motivaciones sean de carácter político».⁷

En el caso de Vitoria la COV planteó unificar la negociación de los convenios en las distintas empresas y rechazar la participación del Sindicato Vertical en dichas negociaciones. Al calor de estas negociaciones, la chispa se desató en Forjas Alavesas el 9 de enero y rápidamente diversas empresas se unieron a la huelga.

En Forjas el motivo principal fue la negativa de los trabajadores a aceptar el cuarto turno, aunque también exigían una subida lineal de 6000 pesetas, 42 horas semanales o el 100% del sueldo en caso de baja. A finales de diciembre ya habían realizado varias asambleas, estas se retomaron el 8 de enero y ante la ausencia de los jurados argumentaron que «Si son nuestros representantes deberán llevar nues-

tras peticiones a la Dirección y si no son capaces deberán dimitir...», a la vez que defendían el derecho a celebrar asambleas: «IMPONGAMOS por nuestra parte el derecho de REUNIÓN, DE HUELGA Y DE ORGANIZARNOS como armas de la clase obrera para luchar contra la patronal». ⁸ De los 1500 obreros de la empresa 1000 se sumaron al paro y la dirección contraatacó cerrando la fábrica. Posteriormente comenzó a despedir obreros, primero 20 y luego otros 22.

Al día siguiente se sumó a la huelga MEVOSA, una de las principales empresas de la ciudad, y poco a poco se fueron sumando diferentes fábricas como Aranzabal, Gabilondo, Ugo, Apellaniz, Cablenor, Talleres Velasco, Industrias Galycas, Areitio, Apellaniz u Orbegozo de Salvatierra.

Imanol Olabarria, que sería elegido miembro de la comisión representativa de Cablenor, recuerda especialmente el momento en que los obreros de Cablenor se negaron a continuar con la producción, y la reacción ante aparición del jefe de personal, una persona temida hasta entonces, «al cual ibas tú, llamabas a la puerta “da usted su permiso” con la cabeza gacha», «él era el mandamás, la cabeza visible».

Este les reprochó que su actuación no era legal y tenían que volver a los puestos de trabajo, ante esto los obreros como habían acordado se quedaron en silencio, según Olabarria:

«la gente yo creo que empezó a descubrir algo, que aquel [...] jefe de personal, que antes nos mandaba a todos y cada uno de nosotros, de repente todos juntos allí lo habíamos hecho marcharse con el rabo entre las dos piernas».⁹

Después de años de sumisión y silencio, descubrieron que unidos podían hacer frente a las humillaciones.

En general se planteaba la subida lineal de 5000 pesetas, que pretendía romper con la división entre los obreros, la cual se agravaba con las subidas porcentuales; a lo que se añadieron 40 horas semanales de jornada, 100% del sueldo en caso de accidente o enfermedad y la jubilación a los 60 años. La subida lineal en opinión de Arturo Val del Olmo:

«tenía un carácter explosivo. Homogeneizaba y potenciaba la solidaridad, rompiendo toda la política empresarial basada en la diversificación artificial de las categorías y la individualización de condiciones de trabajo con el objetivo de dividir las fuerzas».

(VAL, 122)

El método asambleario sirvió para extender rápidamente la lucha a amplios sectores de la población, que hasta el momento no habían tenido ninguna participación política. Sin duda alguna, su flexibilidad era más eficaz que las estructuras clandestinas a la hora de expandirse. El primer paso fue la constitución de asambleas de fábricas que eligieron a sus respectivas comisiones representativas, con el objetivo de negociar con la patronal y coordinarse con el resto de empresas en conflicto.

Para Imanol Olabarria su «mayor satisfacción» fue la participación de la gente mayor a la «que nunca le habían preguntado nada por su fábrica, por sus condi-

ciones de trabajo, necesidades... De repente empezamos a hacer preguntas y la gente participa y tiene que tomar decisiones, descubre un mundo nuevo y un poco orgullosos en el sentido sano de la palabra». En su opinión, la asamblea «para nosotros era una escuela, [...] recuperar un espacio, que no teníamos antes, donde nos sentíamos libres».

El siguiente paso fue la celebración de asambleas conjuntas, la primera se realizó el 22 de enero, la labor de estas, según afirmaban las Comisiones Representativas (CCRR) era analizar «la lucha en conjunto y se unificaban los criterios de lucha y los pasos a dar en conjunto. En estas Asambleas, no se marcaban consignas a dar ni se tomaban decisiones si antes no habían sido votadas por las Asambleas particulares». El objetivo era «mantener fusionados a la Vanguardia y la Clase, evitando los peligros de burocratización e individualismo que de otro modo podrían darse» (Grupo de Trabajo Alternativa, 257).

Las asambleas conjuntas eran dinamizadas por las CCRR, que se reunían para prepararlas. Los y las miembros eran elegidos por las asambleas de fábrica y su cargo era revocable. Si bien no representaban a ninguna organización, muchos pertenecían a diversas organizaciones y tenían experiencia en luchas anteriores. En estas había militantes de organizaciones como las plataformas anticapitalistas, LCR-ETA VI, PSOE, PCE, ORT...

Además de las divergencias ideológicas, las hubo también sobre cómo afrontar los acontecimientos. Esto provocó discrepancias, pero la unidad de acción no se quebró. Por ejemplo, Paco Lekuona, militante de CCOO, reconoce que sufrió presiones para parar la huelga.¹⁰

Podemos hablar de que las CCRR eran la vanguardia de la lucha, y que como afirma José Antonio Abasolo:

«la cadena de huelgas [...] superó ampliamente a los planes de la coordinadora obrera, y seguramente a sus propios análisis de la situación, pero no cabe duda que aportó un cauce y una infraestructura que dieron conexión y continuidad a los acontecimientos».

(ABASOLO, 78)

Carlos Carnicero asevera que:

«Las diferencias ideológicas existentes entre sus componentes acabaron por impedir una organización más estable. Más allá de los puntos básicos de entendimiento reflejados en la Plataforma Conjunta y de la voluntad firme de lucha frente al sistema capitalista, los acuerdos resultaron muy difíciles de obtener en el seno de la Coordinadora. De cualquier forma, su papel resultó decisivo para la dinamización y extensión de la huelga».

(CARNICERO, 66-67)

Iñaki Martín, que formó parte de ellas, defiende que:

«aparcamos [...] las diferencias políticas que pudiera haber entre nosotros y nos centramos mucho más en la estrategia y en el día a día, [...] veíamos que había una potencia enorme...».¹¹

Por otro lado, hay que resaltar que algunas personas se convirtieron en auténticos líderes, capaces de convencer, a través de su trabajo y oratoria, a una parte importante de la clase obrera vitoriana, entre estos podemos destacar a Jesús Fernández Naves, Imanol Olabarria, Tomas Etxabe, Joseba Marijuan, Arturo Val del Olmo, Paco Lekuona o Iñaki Martin.

Esto también les trajo consecuencias, además de las detenciones, se vivió una campaña de intoxicación contra ellos. El objetivo principal fue Naves al que, entre otras cosas, se le llamó «cura renegado» y se le acusó de haber cobrado 14 millones de pesetas del PCE para mantener la huelga. Su compañera Carmen Landaluze también fue desprestigiada, se criticaba que gracias a su sueldo de enfermera mantenía a su marido y se le llamaba «mujer de vida alegre».¹² En contra del objetivo perseguido, esas difamaciones solo consiguieron reforzar la unión entre los trabajadores en huelga.

Rechazo al Sindicato Vertical

En la primera asamblea general, celebrada el 22 de enero, se ratificaron los puntos que serán fundamentales a lo largo del conflicto:

- No incorporarse al trabajo unilateralmente sin que haya sido previa y solidariamente acordado en una asamblea conjunta.
- No incorporarse al trabajo si no lo hacen primeramente los despedidos y represaliados.
- No al Sindicato y ratificación de la Asamblea como único órgano de negociación».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 64)

La impugnación del Sindicato Vertical se produjo desde el primer momento, por eso se pidió la dimisión de jurados y enlaces, aunque hubo excepciones y en algunos casos se aceptó su presencia en las CCRR, pero siempre dejando claro que estaban por haber sido elegidos en las asambleas.

Por otro lado, el propio Sindicato fue incapaz de encauzar la situación, prueba de ello fue la asamblea que convocó el 15 de enero para los obreros de MEVOSA, a esta acudieron 500 obreros, pero la mayoría se marcharon a la asamblea alternativa convocada en la iglesia de Los Ángeles, en la que concurrieron más de 1000.¹³

La estructura sindical, si bien apoyaba las reclamaciones salariales, se mostró crítica con la politización del conflicto, y se negó a aceptar la dimisión de los jurados y enlaces. Las tensiones también se vivieron en su interior, incluida una petición de dimisión del presidente por «falta de respeto y consideración al Pleno del Consejo de Trabajadores», pero esta ni siquiera se llegó a votar (Grupo de Trabajo Alternativa, 362).

La lucha en la calle

Dentro de las CCRR hubo discrepancias sobre la posibilidad de extender la lucha a las calles, de hecho el sector anticapitalista en un principio había rechazado

esa posibilidad. En enero hubo algunas concentraciones como la protagonizada por los obreros de Forjas el 13, que fue respetada por la policía, lo que provocó que algunos congregados aplaudieran su actuación.

Sin embargo, a partir de febrero la lucha se extendió definitivamente a las calles, y con ello la actuación policial varió. El 2 de febrero marca el inicio de una nueva fase en el conflicto, ese día una manifestación de más de 4000 personas fue atacada por la policía en varias ocasiones.

Por otro lado, los empresarios mantenían su cerrazón al diálogo con las CCRR, y se negaban a readmitir a los despedidos. En opinión del Gobierno Civil: «El empresario alavés se aferró a su situación de privilegio sin querer doblegarse ante las demandas salariales y mejoras sociales de signo muy distinto al que estaba acostumbrado, desembocando ello en el conflicto y la subversión».¹⁴ A pesar de esto, no habría que olvidar que los empresarios vitorianos mantuvieron contacto con el Gobierno, instándole a que actuase, como reconocía el ministro de Presidencia, Alfonso Osorio.¹⁵

La tensión fue aumentando y también se produjeron las primeras detenciones de personas que habían formado parte de los piquetes. La noticia de estas se difundió en la asamblea conjunta del 13 de febrero; en esta decidieron pasar la noche en la iglesia de San Francisco, a la vez que parar las negociaciones hasta conseguir la libertad de estos y convocar la primera huelga general para el día 16. La Asamblea de Fábricas en Lucha (AFL) constataba que:

«Pedimos pan, un trabajo humano, una enfermedad protegida y una jubilación decente.

Después de 36 días de huelga, nos contentan con engaños, amenazas y palos.

Llevamos mas de 100 despedidos, multas y cada día mas detenciones.

Después de soportar toda nuestra vida la explotación ahora palpamos en carne propia que nuestros patronos son mas asesinos que nunca. Justo cuando mas nos hablan de participación y democracia».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 130)

Las reclamaciones laborales pasaron definitivamente a un segundo plano, siendo la prioridad la readmisión de los despedidos y la libertad de los detenidos.

El domingo anterior a la huelga general estalló la tensión, los obreros ataviados con sus buzos de trabajo se manifestaron por el centro de la ciudad, lo que desembocó en cargas y carreras debido a la actuación policial. Amparo Lasheras destaca que:

«No hay que olvidar que esa zona se consideraba todavía patrimonio exclusivo de la pequeña burguesía de Gasteiz que no se resignaba a perder su influencia en el gobierno de la ciudad».

(LASHERAS, 43)

De un modo simbólico, la periferia tomaba el centro, destacando el apedreamiento del Circulo Vitoriano, lugar de reunión de la elite local. Arturo Val del

Olmo, miembro de los CCRR, recuerda la escena, resaltando que los obreros llevaban sus buzos como señal de orgullo:

«Todos aquellos monos azules, desgastados por haber sido tantas veces lavados, eran un símbolo de nuestro orgullo de pertenecer a una clase dispuesta a defender con dignidad nuestros derechos. Mientras pasábamos por la calle Dato algunos empresarios y sus señoras [...] miraban asombrados, detrás de los visillos del Círculo Vitoriano, aquella estampa soberbia que hacía más de cuarenta años que no veían».

(VAL, 127)

El 28 de febrero los trabajadores de MEVOSA reiteraban que: «El centro de la ciudad vive al margen de los conflictos. Es la minúscula zona de comercios caros y los bares confortables. Allí, la policía interviene rápidamente. Allí se dirigirá la manifestación de hoy» (Grupo de Trabajo Alternativa, 173). *El Correo* ilustraría al día siguiente la situación vivida:

«En el momento de redactar estas líneas, manifestaciones, simultáneas de grupos no demasiado numerosos se repetían insistentemente por las calles de la ciudad, que como ya viene siendo habitual todos los sábados se han convertido en escenario de carreras, algaradas y enfrentamientos, en algunos momentos de verdadera tensión».¹⁶

Según un informe interno de la UGT, la consigna de los huelguistas fue no enfrentarse con la policía:

«eso se dijo claramente, que no estamos en condiciones de enfrentarnos, pero está que defendamos (sic) de ella. Es a partir sobre todo del sábado, cuando ya la gente cuando ve a la policía se plantea su propia auto-defensa, entonces es cuando ponen barricadas de coches para que la policía no llegue y les dé tiempo a marcharse, y así toda esa serie de cosas».¹⁷

En opinión de José Antonio Abasolo:

«En Vitoria [...] y sobre todo en la segunda quincena de febrero, el poder gubernativo se quedó sólo y aislado frente a un movimiento popular cuyo control no parecía estar, de modo determinante, en manos de nadie».

(ABASOLO, 117)

La huelga del 16 de febrero no fue total, pero sirvió para que diversas empresas se sumaran a esta. El 23 de febrero se produjo otra huelga general, aunque como constataron los huelguistas su impacto fue menor que la anterior.

La democracia en juego

Como hemos afirmado, la retórica democrática había llegado hasta las instituciones, pero entre los obreros las suspicacias eran evidentes, por ejemplo, en las postrimerías de la huelga los obreros de Aranzabal afirmaban que «son promesas para que nos durmamos en los laureles y no planteemos nuestras justas reivindicaciones, y para que nuestros patronos tengan vía libre y sigan acumulando mayor beneficio, a costa de mayor explotación».¹⁸ Posteriormente la AFL abundaba en esta idea:

«Es urgente romper con el engaño y la confusión que nos tienden, creando ilusiones de que todos los cambios nos vendrán desde arriba para que la clase obrera no luche».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 42)

Desde el mismo Gobierno en su declaración programática del 15 de diciembre, tras loar a Franco, se planteaba «el logro de la convivencia pacífica en la concordia de todas las personas, grupos y tendencias que acepten un orden democrático y justo, y la defensa de la ley y del orden público», el objetivo era «...la ampliación de las libertades y derechos ciudadanos en especial el derecho de asociación y la reforma de sus instituciones representativas para ensanchar su base...».¹⁹

Manuel Fraga, el hombre fuerte del nuevo Gobierno concretaba más las intenciones gubernamentales mientras resumía su filosofía política:

«Soy un hombre [...] que ha sido calificado como adscrito a la filosofía liberal y de temperamento autoritario. Creo que la democracia necesita un mando fuerte. La libertad ha de ser establecida por un hombre fuerte y no creo que esto sea contradictorio. [Por eso dejaba claro que] Hay cosas [...] que no serán gratas de hacer, pero estoy preparado. Se lo aseguro».²⁰

Con estos precedentes podemos afirmar que una de las claves del conflicto vitoriano fue el enfrentamiento entre la vía autoritaria a la democracia, que se planteaba desde el Gobierno, y la democracia directa que se practicaba en las asambleas. La intención era clara, controlar el proceso de cambio desde arriba, evitando cualquier interferencia.

Una de las polémicas estuvo en cuanto a la dicotomía entre voto a mano alzado o voto secreto. Dentro de las asambleas se defendió el voto a mano alzada, postura que fue criticada a través de cartas anónimas a los periódicos, que acusaban a los líderes obreros de manipular las asambleas, o del Consejo de Empresarios que aducía que:

«Sorprende una comisión que demanda libertad y rechaza sanciones y que en sus actuaciones dentro y fuera de las asambleas no respeta los más básicos principios de libertad y democracia».²¹

Por su parte, desde las CCRR se argumentó que:

«Desde el principio se planteó que nadie podía tomar actitudes individuales, y que todo el mundo debía someterse a las decisiones de la mayoría, pues eso era la verdadera democracia obrera [...] a pesar de los intentos del Sindicato y de la Patronal de hacer votación secreta, que ellos llaman “democrática”, apoyándose en el miedo y la falta de libertad de la gente en un Estado Capitalista».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 256)

Lo cierto es que en casos excepcionales también se ejercitó el voto mano alzada, y los resultados fueron similares. Por su parte, el periodista Joaquín Estefanía argumentaría que: «... en el razonamiento está la trampa y se le puede dar la vuelta. El miedo a la represión, a los despidos, a las listas negras..., es más grande que una

acusación de reaccionarismo; las votaciones a mano alzada estimulan la unión del conjunto» (ESTEFANÍA, 82).

El sindicalista Agustín Plaza años después resumía su vivencia:

«yo no he visto nunca en mi vida tanta democracia como en aquella época porque la participación de los trabajadores era una participación totalmente activa, los trabajadores participaban dando su opinión sin ningún tipo de problema. Jamás en la historia, y llevo muchos años, en el sindicalismo [...] nunca he conocido un período mejor de democracia obrera y participativa. Ojalá volviesen aquellos tiempos donde los trabajadores son los que deciden la situación».²²

Durante el conflicto, según datos del Gobierno Civil, se realizaron 229 asambleas,²³ lo que da muestra de las ganas de participación que existían entre la clase obrera después de 40 años de dictadura. En opinión de Jesús Fernández Naves:

«Se estableció una especie de proceso asambleario global, de tal forma que podemos decir que el 3 de marzo, de una forma u otra, controlábamos toda la ciudad».

(AAVV, 209)

Concienciación

E. P. Thompson afirmaba que:

«... la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultados de sus experiencias comunes heredadas o compartidas-, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos –y habitualmente opuestos– a los suyos».

(THOMPSON, 27-28)

En nuestra opinión, en el caso vitoriano esa conciencia de clase se fue forjando a fuego lento en los últimos años del Franquismo, pero el desarrollo del conflicto aceleró el proceso, que en apenas dos meses de lucha avanzó espectacularmente. Los despidos, las detenciones y la represión policial sufrida ayudaron a que, además de la situación en las fábricas, se fueran poniendo en duda todos los fundamentos del Régimen y el propio sistema capitalista.

En opinión de Gonzalo Pérez:

«... la confrontación era producto de una lenta acumulación de experiencias, que partían, fundamentalmente, de la común explotación. Allí se fueron conformando unas redes invisibles para el poder de turno, que se expresaron en esos hechos rupturistas», debido a esto, «... en esa fragua se fueron uniendo ese conjunto de historias, haciendo posible su transformación en sujeto colectivo».

(PÉREZ, 2020, 906)

En este sentido, las obreras de Areitio resumían su proceso de concienciación:

«La sociedad nos hace pensar con mentalidad de ricos pero nos condena a ser pobres toda la vida. Esta lucha actual, aunque dura y dolorosa, para los trabajadores: nos mentaliza, nos une y nos ayuda a descubrir las explotaciones en que vivimos. Los capitalistas se sirven del Sindicato Oficial que no nos sirve a nosotros y de la policía que nos golpea

sin consideración y de la prensa que miente y nos amenaza. Ellos se unen para explotarnos, nosotros unidos para defendernos. Sus leyes son injustas, las hacen ellos para defender sus intereses. No tenemos porque obedecerlas».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 120)

El propio Sindicato Vertical afirmaba que «la legalidad ha dejado de tener su tradicional atractivo en favor de la ilegalidad que de momento no encuentra obstáculos insalvables».²⁴

Poco a poco las reclamaciones económicas fueron quedando en segundo plano, los obreros de Forjas defendían que «esta lucha no es sólo por 6000 pesetas, sino por la unión de todos los trabajadores. Es cuestión de conciencia comprender lo que significa esta lucha» (Grupo de Trabajo Alternativa, 143). En Cablenor añadían que «el problema no es únicamente económico. El problema es de solidaridad de clase», por lo que constataban que «nuestra lucha, es inevitablemente política» (Grupo de Trabajo Alternativa, 170).

La Coordinadora de Fábricas en Lucha constataba que la clase obrera había conseguido la centralidad política:

«A lo largo de esta importante huelga, todos los trabajadores alaveses hemos ido aprendiendo lo que es el nuevo movimiento obrero. La fuerza de nuestra clase cuando permanece unida y las posibilidades de la clase mayoritaria de la sociedad en un futuro democrático. Está siendo la clase obrera el centro de la vida alavesa».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 174)

Es interesante comprobar cómo sectores no industriales se fueron impregnando del lenguaje de clase, un ejemplo sería la carta firmada por 377 trabajadores de banca en la que expresaban su apoyo a los huelguistas «por razones de digna solidaridad y compañerismo».²⁵ Además, los estudiantes también realizaron paros y tuvieron que sufrir represalias, aunque argumentaban que se mantenían firmes «Porque como era nuestro deber, luchamos por la justicia que en ese momento era y es ayudar a nuestros compañeros los obreros» (Grupo de Trabajo Alternativa, 180).

Por otro lado, las élites alavesas veían consternadas el desarrollo de los acontecimientos, la Diputación pedía recuperar «el tradicional sentido común de los alaveses» y en la prensa se hacían llamamientos en el mismo sentido, el diario *Norte Expres* aseveraba que «Se esfuma con rapidez la cordura provincial que durante muchos años hemos presumido los alaveses».²⁶ Días antes el director había argumentado que «Elementos foráneos politizados ajenos a nuestros intereses, han venido a perturbar nuestra vida laboral».²⁷ *El Correo* también se expresaba con palabras similares: «A Vitoria no le van las carreras, ni las algaradas, ni las violencias. Todo esto es muy ajeno a su tradicional talante».²⁸

Parece claro que a las instituciones y a la prensa, el conflicto les había pillado a contrapié, en cierta modo no eran capaces de comprender los cambios que se habían producido en la sociedad vitoriana, y menos aún los anhelos de la nueva clase obrera. Mientras que seguían anclados en una visión mitificada del alavesismo.

Culebras y bolsas vacías

Este proceso de concienciación también afectó a las mujeres. En primer lugar, en la empresa Areitio las trabajadoras eran mayoría y fueron las que impulsaron la huelga, en oposición a la mayoría de los hombres, ya que solo 40 de ellos se unieron. Algunos participaron en las asambleas, pero constataban que «También había una gran proporción de “clásicos machistas” que rebajaban a la mujer a un lugar tan servil y desfasado que asombra» (Grupo de Trabajo Alternativa, 225). Iñaki Martín reconoce que «para muchos hombres era un shock»²⁹ que las mujeres dirigieran asambleas. El motivo de esta postura diferente ante la huelga era la brecha salarial, que como afirma Aritza Sáenz del Castillo era fruto de:

«Las reglamentaciones laborales y las decisiones adoptadas por el empresariado unilateralmente, y a veces en connivencia con los trabajadores masculinos, mantuvieron los cauces de formación, cualificación y promoción divididos en función del género, situando el germen de la discriminación femenina dentro del propio mercado de trabajo».

(SÁENZ DEL CASTILLO, 282)

Las obreras constataron esta brecha, y fueron comprendiendo que eran doblemente explotadas al ser mujeres y obreras:

La empresa empezó por tener más hombres que mujeres. Ahora somos muchas más las mujeres. Razón: la mano de obra de la mujer les sale más barata. Esto no deja de ser una explotación. A igual trabajo y rendimiento, el mismo salario, pero vemos que no es así, sino que las diferencias son de 4000 a 6000 pesetas».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 109)

Esta doble explotación se fue aprendiendo a través de la cotidianidad, y la dureza de la huelga aceleró este proceso. En nuestra opinión las actas de sus asambleas son las más claras, debido a que además de las decisiones adoptadas, reflejan los sentimientos que fueron aflorando a lo largo de la lucha. Por ejemplo, la reincorporación al trabajo de algunas huelguistas hizo surgir dudas:

«Esto ha supuesto para bastantes un golpe a su moral. Por ello se ha recordado que lo que pedimos es justo y que por ello debemos mantenernos unidas y no echar por tierra lo que hemos hecho estos 15 días».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 112)

Pero a pesar de esto siguieron adelante, aduciendo que:

«Ellos pretenden cansarnos y confían en conseguirlo quizás porque nos falta madurez pero, sobre todo, porque somos mujeres con todo lo que esto ha significado en nuestra educación y aún hoy día significa. Para que veamos en que concepto nos tienen, ahí tenéis lo que ha dicho uno de la Dirección: “si hubiesen entrado 100, las tendríamos ya a todas porque la materia gris de las mujeres las hace ir tras esas cien chicas”.

Se ha equivocado la Empresa. Creía que nos iba a dominar más fácilmente. Por eso ahora comienza con amenazas de despido.

Se decide no ir a dialogar con la Empresa. Que esperen. La asamblea se anima».
(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 115)

Por otro lado, las amas de casa, también comenzaron a organizarse en asambleas, la primera se celebró el 21 de enero organizada por las CCRR, a iniciativa de las representantes de Areitio. A esta primera asamblea muchas acudieron acompañadas de sus maridos, pero en las siguientes fueron tomando la iniciativa, y aportando temáticas que no se habían tratado hasta entonces, como afirmaban las CCRR:

«Nada más empezar estas Asambleas de Mujeres, se descubrió que la sola acción de apoyo al marido en la lucha era muy pobre y que ellas tenían por delante más tareas que desbordaban con mucho esta lucha. Pronto apareció el problema de barrios, de viviendas, de guarderías y colegios, de Sanidad, de la Seguridad Social, del trabajo de la mujer en la sociedad actual...».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 257-258)

Tuvieron un papel clave a la hora de recaudar dinero para la caja de resistencia, y alimentos conseguidos a través de tenderas y agricultores. Aunque su acción más relevante fueron las marchas que realizaban con bolsas vacías, gracias a las cuales consiguieron visibilizar las consecuencias de la huelga. Se celebraron semanalmente, partiendo desde los barrios obreros, y tras atravesar los mercados y el centro de la ciudad, acababan en las fábricas, para mostrar su apoyo a los huelguistas y reprochar su actitud a los esquiroles.

En cierto modo, sin renunciar al rol del ama de casa, situado dentro del modelo de feminidad impuesto por el Franquismo, lo consiguieron subvertir. Abandonaron la casa que era el lugar asignado por el Régimen y, además de tomar las calles, optaron por participar activamente en el conflicto. Como afirma Claudia Cabrero en relación a la lucha de las mujeres asturianas:

«mudando los límites existentes entre lo doméstico y lo político, las mujeres pusieron en práctica estrategias de lucha propias que les permitieron “disfrazar” su resistencia e introducir la en el discurso público [...] el hecho de que está directamente relacionada con el tradicional papel de las mujeres como responsables de la supervivencia familiar».

(CABRERA, 191-192)

En definitiva:

«el eje de la feminidad se construía en torno a la maternidad y la reproducción en el seno del hogar, las mujeres [...] “dan la vuelta” a sus supuestas obligaciones domésticas y maternas y las toman como base para el activismo y para la creación de vínculos de solidaridad, es decir, sacan sus “virtudes femeninas” del ámbito privado para llevarlas al espacio público».

(CABRERA, 193-194)

Como recuerdan algunas de las protagonistas, las mujeres eran las primeras interesadas en ganar la lucha, porque como afirma María Teresa Pontón «los maridos llegaban cabreados a casa» y acababan «pagándolo con sus esposas» (Rodríguez,

Mujika, Miralles, 94). Begoña Oleaga, por su parte, recuerda el cambio que fueron experimentando:

«Y luego ibas viendo la transformación [...] que de ser unas mujeres miedosas con una baja autoestima, porque nosotras no entendemos, incluso alguna decía yo soy analfabeta [...] se atrevían a salir allí, se subían en público en las asambleas de mujeres, daban clases de economía, de cómo hacer esto para que salga más barata la comida, de cómo limpiar en casa sin comprar productos, es que eran auténticas clases de economía, yo me quedaba alucinada, de verdad [...] y esas mujeres como se fueron transformando en seres valientes, con una autoestima, diciendo nosotras aquí tenemos cosas que decir y las vamos a decir...».³⁰

Podemos decir que las mujeres estuvieron en primera línea de la lucha, no se resignaron a jugar un papel subordinado al de los hombres y pusieron sobre la mesa reivindicaciones propias, además de ampliar el repertorio de movilizaciones. Sin duda su papel fue clave para extender la lucha a los barrios.

La encrucijada

Si bien la conciencia de clase avanzaba, el fracaso de la última huelga general había hecho surgir dudas. Hubo empresas como Aranzabal o Galycas donde se consiguieron acuerdos con el empresariado, si bien para mantener la unidad se acordó que respaldarían las huelgas generales. Forjas se mantenía firme en lo referente al mantenimiento de los despidos y entre los obreros de MEVOSA la moral estaba muy baja, en su asamblea del 1 de marzo afirmaban, «Se lee la lista de los que han vuelto al trabajo. En un principio, muy baja moral. Derrotismo» (Grupo de Trabajo Alternativa, 177).

Ante este panorama las CCRR decidieron que era necesaria la implicación de sectores que hasta entonces no se habían visto concernidos en el conflicto y convocaron asambleas en los barrios. Como afirma Carlos Carnicero:

«Sobre la base de la realización de asambleas de barrio y de trabajadores no parados, los dirigentes de la huelga intentaron, con notable éxito, la puesta en relación de la problemática laboral que se estaba viviendo con el resto de problemas sociales, económicos y políticos existentes en la ciudad».

(CARNICERO, 56)

Estas se desarrollaron el 1 y 2 de marzo con gran asistencia, y además de la problemática obrera surgieron otros problemas como las deficiencias de la Seguridad Social, los humos que afectaban a Zaramaga, o la suciedad de la campa de Arana. La propia policía afirmaba que se produjo un «Trasvase del movimiento obrero al movimiento popular».³¹

Un día después la AFL llamó a una huelga general para el día 3 afirmando que:

«Ahora estamos comprobando con más crudeza que nunca el mero hecho de pedir 6000 ptas. implica toda una lucha contra la patronal unida, contra su gobierno que ha decretado la congelación salarial y las instituciones encargadas de su defensa (Sindicato, policía...)».

Por eso veían necesaria la solidaridad de diferentes sectores sociales, entre ellos los hosteleros, tenderos, estudiantes, trabajadores de la banca..., ya que creían:

«más urgente que nunca la necesidad de vuestra unión en la lucha con nosotros, la exigencia de vuestra más activa solidaridad para conseguir la anulación de todo tipo de sanciones y la READMISIÓN DE TODOS LOS DESPEDIDOS».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 179)

Campanadas a muertos

Una vez controlados los conflictos en Madrid y en el cinturón obrero de Barcelona, Vitoria se convirtió en la principal preocupación gubernamental. En este caso desde el Gobierno no se vislumbraban opciones para una solución negociada.

El día 3 de marzo, desde la mañana se constató que el paro era mayoritario tanto en las fábricas, como en los comercios, ya que los pocos que abrieron, cerraron sus puertas tras el paso de los piquetes de mujeres. Según el *Norte Express* habían parado alrededor de 13 000 obreros y obreras, según los huelguistas la cifra era mucho más alta. Uno de los signos del éxito de la huelga, fue la noticia de que había parado Michelin, ya que, hasta ese día, y a pesar de diversos intentos, la factoría no se había sumado a la huelga.

Los huelguistas convocaron distintas marchas desde los polígonos industriales hacia el centro. Mientras tanto, por primera vez desde el inicio del conflicto la policía impidió que las obreras de Areitio y de MEVOSA celebrasen las asambleas que tenían previstas en iglesias.

En las calles se produjeron enfrentamientos, consiguiendo en muchas ocasiones hacer frente a las embestidas policiales. Como afirmaban algunos testigos, «la gente estaba lanzada y no se echaban atrás. Cuanto más fuerte le pegaba la policía, respondían más y con más piedras» (Guindal, Gimenez, 21). La policía les hizo frente con todo su arsenal, incluidas las armas de fuego, ya que se produjeron heridos de bala en diferentes puntos de la ciudad, como Consuelo Lastra en la Avenida o Josu Ormaetxea en Portal de Villareal. La propia policía reconoce que hizo uso de sus armas desde la mañana:

«Se dio el caso de que algún pelotón o incluso sección de la Policía Armada, acorralada, tuvo que entregar la calle y retirarse, no solo porque los medios disuasorios convencionales no eran efectivos, sino porque la masa no se amilanaba ante las ráfagas de intimidación hechas al aire o los disparos contra el suelo que en último extremo hubo que efectuar».³²

Tras la agitada mañana la policía se retiró y se vivió una tensa calma. Para las 5 de la tarde estaba convocada una asamblea en la iglesia de San Francisco. La iglesia se fue llenando, mientras cientos de personas se acercaban al lugar. Entonces la policía, que ya contaba con refuerzos, rodeó la iglesia e instó a los allí congregados a abandonarla. La respuesta fue negativa, poco después la policía gaseó la iglesia, y cuando la gente comenzó a salir fueron recibidos a tiros.

Las grabaciones de las conversaciones policiales muestran que en un primer momento esperaron a recabar la autorización para el desalojo por parte del gobernador, ya que advertían que si no «se nos esconderán sin tirarnos nada»; la instrucción era clara, «en cuanto esté, desalojen a palos». Cuando llegó, la orden fue «Gasead la iglesia», y desde el comienzo ya se advirtió que «vamos a tener que emplear las armas».

Tras unos minutos las conversaciones dan señal de la magnitud de la tragedia, un policía hablaba de que «esto es una batalla campal [...] hemos tirado más de 2000 tiros», otros policías afirmaron que «hemos contribuido a la paliza más grande de la historia» o «aquí ha habido una masacre». Otro policía sentenció:

«Te puedes imaginar; después de tirar igual mil, mil tiros, pues y romper toda la iglesia de San Francisco, pues ya me contarás cómo está toda la calle y está todo».

A lo que su superior le respondió «¡Muchas gracias, eh! ¡Buen servicio!».

El resultado de la actuación policial fueron 3 muertos en el momento, Pedro María Martínez Ocio, Romualdo Barroso y Francisco Aznar, a los que se unirían otros 2 los siguientes días, José Castillo y Bienvenido Pereda, además de cientos de heridos. Los enfrentamientos continuaron en otros barrios y hacia las 9 de la noche una granada fue lanzada contra la comisaría de policía, dejando un policía herido.

El Gobierno Civil describió la situación:

«Después de una jornada violenta como la descrita, la ciudad ofrecía un aspecto lamentable y desolador: barricadas, rotura de señales de circulación, derribo de farolas de alumbrado público, demolición de cabinas telefónicas, rotura de lunas de escaparates, bancos, etc.».

Según esa misma fuente esa noche se produjeron 9 detenciones, y en los siguientes días otras 22.³³

El mismo Gobierno Civil ante la prensa, sin citar ni siquiera el desalojo de la iglesia, defendió la actuación policial alegando que «Como los grupos tumultuarios persistieron en su hostilidad, acorralando sucesivas veces a algunos agentes de las fuerzas del orden, éstos se vieron obligados a defenderse con otros disparos».³⁴ A la vez que advertía que «no consentirá ninguna nueva perturbación del orden». El Gobierno, por su parte, aseguró que «la actuación de las fuerzas del orden público ha estado dirigida a proteger el ejercicio de las libertades individuales y a responder ante situaciones de coacción o violencia física», al tiempo que «hace público su sereno y decidido propósito de mantener el orden, impedir cualquier intento subversivo y garantizar las libertades individuales».³⁵

Manuel Fraga acudiría a Vitoria el 6 de marzo junto a Martín Villa. Visitaron a los heridos, cuyos familiares les recriminaron «que vienen ustedes a rematarlos».³⁶ Tras lo cual el ministro de Gobernación dio una rueda de prensa en la que afirmó que:

«La responsabilidad de los que siguen echando la gente a la calle, con mensajes de uno u otro tipo, les corresponde íntegra en cuanto a los resultados trágicos como los

que hemos vivido en Vitoria. Que este triste ejemplo sirva de gran lección para todo el país en los próximos meses».

También aludió al recuerdo de la Guerra Civil a modo de amenaza: «quiero recordar que hace cuarenta años los españoles tuvimos medio millón de muertos en uno de los momentos más trágicos de nuestra historia». Para finalizar sentenció:

«Que no es posible aceptar planteamientos anarquistas o utópicos, en momentos como este, es absolutamente indudable. Que el país no los va a tolerar y que el Gobierno no los puede aceptar es evidente también».³⁷

La prensa en general defendió la versión oficial, mientras que la Diputación y el Ayuntamiento se mostraron críticos con la actuación policial.

Sobre la orden de desalojo parece claro que partió del gobernador, ya que en enero el Ministerio de Gobernación había mandado a las delegaciones del Gobierno una instrucción en la que se preveía el desalojo de las iglesias: «haciendo uso de la razón de urgencia que recoge el Concordato. Puede ser consecuente establecer contactos verbales con el Obispado, pero este deja al buen juicio del Gobernador Civil». Aunque parece que dicha instrucción se dirigía más bien a evitar encierros, y no asambleas,³⁸ se abrió la puerta al desalojo sin contar con la aprobación del obispo.

Esta hipótesis se refuerza debido a que el 18 de marzo el Ministerio volvió a mandar otra instrucción, aún más concreta, y en la que además de citar las asambleas, afirmaba que a pesar de no producirse actos violentos:

«Si la autoridad eclesiástica se abstuviera de adoptar las medidas pertinentes, deberá procederse a desalojar inmediatamente el templo, puesto que cualquier dilación implicaría el reconocimiento de que no existe “urgente necesidad”».³⁹

El día 5 se realizó el funeral con la catedral y las inmediaciones repletas, celebraron 120 sacerdotes y presidió el obispo. La intervención del prelado Peralta fue recibida con silbidos, debido a las dudas que había provocado su actitud ante el desalojo y la censura de algunos párrafos de la homilía. Estos fueron acallados a petición de los familiares. La ceremonia finalizó con la intervención de Jesús Fernández Naves que tras llamar a participar en la huelga general convocada para el día 8 en Euskal Herria sur y pedir un juicio popular, aseveró que «estos muertos son nuestros, de todo el pueblo de Vitoria».

Tras el funeral los ataúdes fueron llevados en hombros en una impresionante manifestación hacia los cementerios, entre gritos de justicia, «Gloria a los muertos del mundo del trabajo» o «El pueblo unido jamás será vencido».⁴⁰ Se vivieron momentos de tensión ante el paso de la comitiva por el Gobierno Civil, pero no se produjeron incidentes. El Gobierno Civil calificó la manifestación de «gigantesca»,⁴¹ mientras *El Correo* hablaba de que «Todo Vitoria tomó parte ayer en una impresionante manifestación de duelo».⁴²

El recuerdo de Iñaki Martín es bien distinto, ya que en esos momentos se encontraba detenido junto a Alberto Martínez de Lahidalga, y cuando pasó la mani-

festación por delante de la comisaría los subieron a una habitación donde se oían los gritos de la calle. Según él, «vivimos momentos bastante de terror» ya que los policías les apuntaban y decían «Cómo entren aquí vosotros caéis los primeros». ⁴³

El día 8 la huelga general fue total, y también se extendió a otros lugares de la provincia como Llodio, Villarreal o Amurrio. En el resto de Euskal Herria sur la huelga consiguió un éxito total y no estuvo exenta de incidentes, como la muerte a manos de la policía de Vicente Antón en Basauri.

Vuelta al trabajo

En un primer momento las CCRR llamaron a una huelga general indefinida, pero pronto constataron que la represión hacía imposible continuar con esta. Los líderes comenzaron a ser detenidos, y otros pasaron a la clandestinidad, mientras que las asambleas estaban totalmente prohibidas; como afirmaban las propias CCRR: «La lucha obrera se encuentra momentáneamente desarticulada» (Grupo de Trabajo Alternativa, 218).

El Gobierno instó al juez decano de Vitoria, Juan Bautista Pardo, a que elaborase un laudo arbitral, y este ordenó la readmisión de los despedidos de Forjas. En este ambiente el 14 de marzo se leyó en un mensaje de las CCRR en distintas iglesias en el que se llamaba a negociar la vuelta al trabajo. Se aseveraba que «La lucha ha sido larga y la lucha, podemos decirlo bien alto, ha sido VICTORIOSA, consiguiendo parte importante de las reivindicaciones». Además se señalaba que:

«Todos los trabajadores alaveses [...] hemos fortalecido nuestra unidad, hemos esclarecido nuestra relación con el resto de los sectores sociales, hemos descubierto la necesidad y la potencia de la unión de todos los oprimidos y explotados y la capacidad de dirigir la ofensiva que todo el pueblo vasco y del estado español libra en estos momentos por la libertad».

Se hacía un llamamiento a mantener las asambleas:

«Solo con ellas podemos afrontar con garantías de éxito las tareas pendientes. Es el nuevo movimiento obrero que surge pujante. Todo este entramado pone en cuestión y en crisis de muerte el sindicato fascista [...] y reclama a gritos la libertad de asociación, de reunión, de expresión, de manifestación».

Se afirmaba que la clase obrera junto a otros sectores sociales estaban «destruyendo la dictadura y [...] nos hace vislumbrar un futuro esperanzador», por eso creían que era el momento «organizar el repliegue ordenado, unidos, firmes, con la disposición combativa que la gran lucha librada nos augura» (Grupo de Trabajo Alternativa, 219-222). En su balance resaltaban que «lo que está en juego es un problema de poder a poder, el poder obrero frente al poder burgués» (Grupo de Trabajo Alternativa, 252).

La Comisión Obrera de Forjas también realizó su propia lectura y afirmó que «hemos descubierto compañeros, que el precio de la libertad es caro, pero también hemos descubierto que tal libertad es posible [...] hemos roto esa sensación de

impotencia, esa barrera de impotencia, hemos entendido lo que es ser OBRERO y ser EXPLOTADO». Por eso concluyeron que: «los obreros de Forjas ya no somos los de antes, somos nuevos, ya hemos quitado el vendaje y no nos lo volveremos a poner». A la vez que reafirmaban que:

«hemos conseguido cambiar la fachada de Vitoria, del pueblo de Vitoria que queda reflejado en las innumerables ASAMBLEAS que hemos realizado».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 231-232).

El día 15 se realizaron asambleas en las distintas fábricas y se acordó la vuelta al trabajo tras conseguir la readmisión de los despidos, el mantenimiento del puesto de trabajo de los detenidos, el reconocimiento de las comisiones representativas, el derecho a asamblea y subidas salariales lineales. Areitio volvió un día más tarde, porque ese día se celebraba el entierro del padre de una compañera, el cual falleció al enterarse de que su hija había sido detenida.

La vuelta no evitó momentos de tensión en algunas fábricas, tanto enfrentamientos con los obreros que no se habían sumado a la huelga, como la no subordinación a las órdenes de los superiores. Por ejemplo, en Forjas, tras aparecer un muñeco colgado en el techo simbolizando un esquirol, un obrero no accedió a la petición de su superior de descolgarlo alegando que:

«se acuerda Usted de las palabras que dijo el Señor Urbieta en el polideportivo, que nosotros nos dedicamos a fabricar acero; de manera que yo he venido a fabricar aceros especiales no a descolgar esquirols del techo».

(GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA, 241)

Iñaki Martín, por su parte, volvió a MEVOSA tras 3 meses en la cárcel y recuerda que «las cosas estaban muy tensas en la fábrica pero había un poder obrero, que la gente era los que mandaban casi en la fábrica».⁴⁴

Los ecos

Casi sin enterarse, el movimiento huelguístico vitoriano cuestionó el cambio que se estaba realizando desde arriba, desde las instituciones del régimen franquista, poniendo en práctica alternativas democratizadoras desde abajo, al mismo tiempo que impugnaba las bases de las instituciones, especialmente el Sindicato Vertical.

No cabe duda de que lo ocurrido en Vitoria fue uno de los motivos de la caída del Gobierno Arias-Fraga, lo que aceleraría el proceso de cambio. En aquel contexto de 1976, en el que las huelgas se multiplicaban por doquier, el proceso de reforma del Régimen estuvo pendiente de un hilo, y un posible contagio de la experiencia vitoriana, por su naturaleza asamblearia imposible de coaptar o controlar, era una amenaza que los franquistas reformistas quisieron atajar a cualquier precio. A ojos de la policía:

«Aquel no fue un episodio causal ni suscitado por los imponderables. Obedeció a una actitud preconcebida del sector subversivo de extrema izquierda que, en utilización oportunista de una situación laboral-conflictiva demasiado prolongada y enrarecida,

quiso provocar un ensayo de levantamiento insurreccional que, sobre determinar la represión sangrienta y el consiguiente deterioro de la imagen reformista gubernamental, supusiera el punto de arranque desencadenador de la Huelga General Revolucionaria a escala nacional». ⁴⁵

Sin duda alguna, la idea de que la huelga de Vitoria se pudiera convertir en una huelga revolucionaria a nivel estatal era exagerada, pero como también se apuntaba el peligro era que conformaba «un precedente muy peligroso, que no es prudente minimizar». Especialmente peligroso analizaron el papel de las CCRR, ya que gozaban de imagen de espontaneidad y «Al no llevar impreso el tufillo político [...] disfrutaban aquellas de menos recelo y más apoyo público (de sectores profesionales, eclesiales, prensa, etc.)».

El Sindicato Vertical en su memoria anual afirmaba que «todas y cada una de las Empresas alavesas han estado en conflicto en alguna ocasión a lo largo de 1976», por eso creía que «... el ensayo huelguístico en nuestra provincia ha sido total: huelgas políticas y huelgas laborales se han confundido en un solo movimiento que no deja de antojarse un serio intento revolucionario». ⁴⁶

En ese sentido, en las medidas de orden político que aparecían en la Memoria del Gobierno Civil de Álava, correspondiente al año 1975, pero fechada en mayo de 1976 se afirmaba que:

«como tónica general es aconsejable intensificar la acción de captación de las más anchas zonas intermedias del espectro político, de manera que la línea divisoria no se trace por el centro, lo cual traería una polarización de dos facciones extremas, sino trazar dos divisorias que incluyan entre sí a la gran mayoría moderada y dejen fuera, solamente, a las minorías más radicalizadas de uno y otro signo en cuanto supongan una tendencia separatista, totalitaria o subversiva». ⁴⁷

Es decir, había que atraerse a los sectores moderados de la oposición y aislar a los rupturistas. El cambio de Gobierno y la aceleración del proceso en manos de Adolfo Suarez, que supo atraerse al PSOE y al PCE, y aplacar la conflictividad obrera mediante los Pactos de la Moncloa, fueron claves para evitar una salida rupturista.

Por otro lado, los ecos de la lucha del 76 se alargaron en el tiempo, y su influencia en los movimientos sociales alaveses fue importante, especialmente en lo referente al asamblearismo y también a las posturas radicales que estos adoptaron.

Dentro del movimiento obrero la legalización de los sindicatos no sería suficiente para desterrar el asamblearismo, ya que importantes convenios colectivos, como el del metal, hasta principios de los años 80 se decidieron de forma asamblearia, y como señala José Antonio Abasolo: «La Asamblea de Delegados, que fue el auténtico órgano de decisión obrera en Vitoria hasta 1980, por encima de los sindicatos de cada sector o empresa, intentó ser una reproducción de la Coordinadora de CC.RR.» (Abasolo, 135).

Por otro lado, las posturas revolucionarias dominaron el movimiento obrero, por ejemplo la UGT, primer sindicato en Álava durante esos años, estuvo domina-

da por la corriente trotskista *Militant* hasta 1983, cuando fue disuelto el sindicato provincial, debido a que se había opuesto a la vía pactista impulsada por la dirección estatal. Mientras que en CCOO la federación siderometalúrgica estuvo controlada por sectores del EMK hasta 1981.

Las preocupaciones sobre la situación en los barrios, que habían surgido en las asambleas, fueron clave para la rápida expansión del movimiento vecinal a todos los barrios de la capital (Martínez, 268-273).

En lo que respecta al feminismo, en 1977 surgió la Asamblea de Mujeres de Álava, es cierto que no tiene una relación orgánica con las asambleas realizadas durante el conflicto, y tampoco podemos obviar que en el resto de provincias vascas también se expandió el movimiento feminista. Sin embargo, para muchas mujeres, estas asambleas fueron imprescindibles para descubrir su opresión como mujeres, un ejemplo es María Teresa Pontón:

«Me acuerdo de que allí empecé a despertar una cantidad de cosas: la sumisión de las mujeres, las luchas sociales por diversas causas, del ambiente social. Yo me acuerdo de muchas amigas mías que me decían, ah yo no tengo conciencia de estar oprimida. Digo: mira estamos oprimidas por ser clase trabajadora y todavía más por ser mujeres. Por ser mujeres estamos a las órdenes del marido, de la sociedad, del qué dirán y de todo. Estamos oprimidas de manera doble, triple y cuádruple».⁴⁸

Lo cierto es que en los siguientes años en la provincia la conflictividad afectó a diversos ámbitos, podemos decir que Álava se incorporó al ciclo de protesta que se vivía en toda Euskal Herria. Por otro lado, la memoria de estos acontecimientos sigue presente en el imaginario colectivo de la ciudad, y especialmente en las personas que los vivieron.

Conclusiones

La visión de una Transición pacífica, basada en un pacto entre élites, fue hegemónica durante muchos años, y respaldada por buena parte de la historiografía. Con el tiempo se ha ido agrietando, dejando a la luz el empleo de la violencia por parte del Estado, y el papel jugado por los movimientos sociales en la lucha por la democratización. La propia matanza de Vitoria, junto a otros muchos episodios, niega el carácter pacífico del cambio político.

Tras la muerte del dictador el asamblearismo se difundió, impregnando tanto el movimiento obrero, como el resto de movimientos sociales. Esto sirvió para que la oposición conectara con amplios sectores de la población, que dieron el paso a la participación política directa, con voz y voto, negándose a ser meros espectadores del proceso de cambio político. Esto produjo un empoderamiento colectivo.

Las expectativas de democratización se ampliaron a amplias capas de la sociedad, incluso desde el propio Gobierno se enviaron mensajes en ese sentido. Sin duda alguna, no quedaba claro qué modelo de democracia se iba a implantar y cómo se iba a desarrollar el proceso, pero el abanico quedaba abierto, y muchos sectores vieron

que era posible una ruptura con el régimen, e incluso un cambio revolucionario. Estas expectativas, en muchos casos, no se llegaron a cumplir, pero el proceso de cambio político se vio influenciado por la presión desde abajo.

En el caso vitoriano el cambio demográfico había transformado la provincia y tras el cambio generacional de los años 70 una nueva oposición fue emergiendo, y poco a poco se fue hibridando con el nuevo movimiento obrero y vecinal.

La huelga de Vitoria supuso una confrontación directa entre el movimiento obrero alavés y el primer Gobierno de la monarquía. Ante la imposibilidad de una solución dialogada el Gobierno endureció la represión, y si bien tras la matanza consiguió paralizar la huelga, también firmó su sentencia de muerte, ya que fue uno de los factores de su caída, así como de la desaparición del Sindicato Vertical. Parece clara la confrontación entre la democracia directa que se practicaba en las asambleas y la democracia limitada que se prometía desde el Gobierno.

Habría que resaltar también el proceso de concienciación que se produjo en escasos dos meses, el cual supuso un reforzamiento de la conciencia obrera. Por primera vez podían opinar y votar sobre sus problemas cotidianos. Partiendo de las constantes humillaciones que sufrían en las fábricas, fueron descubriendo las condiciones en los barrios, o el papel de las instituciones, la prensa y la policía. Esto ayudó a poner en duda los cimientos del Régimen, al tiempo que podemos afirmar que esta lucha supuso la definitiva integración en la vida social de la ciudad de muchos obreros y obreras que habían llegado de otras provincias.

A su vez las mujeres también hicieron su propio camino, tanto las obreras de Areatio, como las amas de casa, fueron concienciándose de que eran explotadas por el hecho de ser mujeres. Esto les llevó a replantearse su papel en la sociedad y ser protagonistas activas en la lucha, marcando en muchos casos sus trayectorias posteriores.

Estas experiencias marcaron las vidas de sus protagonistas y fueron ejemplos para los movimientos sociales que se desarrollaron en las décadas siguientes, y supusieron que en Álava se elevase la movilización a niveles similares que las restantes provincias vascas. Al tiempo que se desterró para siempre esa imagen mitificada de una sociedad alavesa alejada de toda confrontación.

Como es sabido finalmente triunfó la reforma desde arriba, promovida por el Gobierno, pero tuvo que contar con la complicidad de parte de la oposición para llevarse a cabo. A la vez que no se puede obviar que hubo ejemplos de intentos democratizadores desde abajo que aceleraron los tiempos y trataron de superar los límites impuestos.

NOTAS

1. «Memoria del Gobierno Civil de Álava, 1962», Archivo General de la Administración (AGA), 44/11324
2. «Memoria del Gobierno Civil de Álava. Año 1972», Archivo Histórico Provincial de Álava (AHPA), Subd. 704-2.
3. «Memoria anual de actividades de la Delegación Provincial de Sindicatos 1974», AHPA, Sindicatos 38/2.
4. «Memoria anual de actividades de la Delegación Provincial de Sindicatos 1975», AHPA, Sindicatos 38/3.
5. COORDINADORA OBRERA DE VITORIA, «A todos los trabajadores de Vitoria», AHPA, Subd. 1119, 5.2, n.º 20.
6. *Blanco y Negro*, 10 de enero de 1976.
7. *El Correo*, 10 de enero de 1976.
8. COMISION OBRERA DE FORJAS ALAVESAS, «La lucha continua», AHPA, Subd., 1124, 3.1, 19.
9. Entrevista a Imanol Olabarria, Vitoria, 8 de julio de 2016.
10. García, R. (2013), *Unidos por un sueño. Vitoria 3 de marzo*, min. 30:50. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=4ux5KOIK9qg> [consultado el 20 de noviembre de 2020].
11. Entrevista a Iñaki Martín, Vitoria, 17 de marzo de 2015.
12. «Memoria de los acontecimientos que dieron lugar a los luctuosos sucesos del pasado 3 de marzo en Vitoria, desde su inicio hasta que se restableció la normalidad tras los mismos», AHPA, Subd. 983.1.2.
13. *Gaceta del Norte*, 16 de enero de 1976.
14. «Memoria del Gobierno Civil de Álava. Año 1976», AHPA, Subd. 704-6.
15. Prego, V. (1995), *La Transición, capítulo 8*, RTVE, min. 57:18. Recuperado de: <https://www.rtve.es/alicarta/videos/la-transicion/transicion-capitulo-8/2066930/> [consultado el 20 de noviembre de 2020].
16. *El Correo*, 29 de febrero de 1976.
17. «Por qué ocurrió lo del miércoles y en qué momento se encuentra la fase de lucha de la clase obrera». Archivo de la Fundación Largo Caballero (AFFLC), 000435-001.
18. «Nuestros problemas siguen en pie y debemos revisarlos», 7 de enero de 1976, AHPA, Subd. 1124, 3.1, n.º 16.
19. *Norte Expres*, 16 de febrero de 1976. La hemeroteca del diario *Norte Expres* se puede consultar en: <http://www.liburuklik.euskadi.eus/handle/10771/12322> [consultado el 20 de noviembre de 2020].
20. *El Correo*, 3 de enero de 1976.
21. *El Correo*, 21 de febrero de 1976.
22. Parlamento Vasco, «Transcripción literal de la sesión celebrada el día 30 de enero de 2008 por la Comisión especial sobre los hechos ocurridos en Vitoria-Gasteiz el 3 de marzo de 1976», p. 9. http://www.martxoak3.org/docs/martxoak_3_pv.pdf [consultado el 20 de noviembre de 2020].
23. «Memoria del Gobierno Civil de Álava. Año 1976», AHPA, Subd. 704-6.
24. ORGANIZACIÓN SINDICAL, «Alava. Memoria anual, síntesis expositiva». 1976, AHPA, Sindicatos, 38/4
25. *El Correo*, 21 de febrero de 1976.
26. *Norte Expres*, 16 de febrero de 1976.
27. *Norte Expres*, 12 de febrero de 1976.
28. *El Correo*, 17 de febrero de 1976.
29. Entrevista a Iñaki Martín, Vitoria, 17 de marzo de 2015.
30. García, R. (2013), *Unidos... op. cit.*, min. 37:46.
31. «Boletín informativo n.º 26 de 6 de julio de 1976, Comisaría General de Investigación Social», Archivo Histórico Nacional (AHN)-Fondos Contemporáneos. Recuperado de: <http://www.martxoak3.org/wp-content/uploads/2008/01/informedg.pdf> [consultado el 20 de noviembre de 2020].
32. «Boletín informativo n.º 26 de 6 de julio de 1976, Comisaría General de Investigación Social», AHN-Fondos Contemporáneos.
33. «Memoria de los acontecimientos que dieron lugar a los luctuosos sucesos del pasado 3 de marzo en Vitoria, desde su inicio hasta que se restableció la normalidad tras los mismos», AHPA, Subd. 983.1.2.
34. *Norte Expres*, 4 de marzo de 1976.
35. *El Correo*, 6 de marzo de 1976.
36. San Sebastián, K. (2007), *La Transición en Euskadi. 1976, el año que vivimos peligrosamente*, EITB, min. 13:40. Recuperado de: <https://www.eitb.tv/es/video/la-transicion-en-euskadi--ano-lleno-de-peligros/3164/64564/la-transicion-en-euskadi--ano-lleno-de-peligros/> [consultado el 20 de noviembre de 2020].
37. *ABC*, 9 de marzo de 1976.
38. Ministerio de Gobernación. Dirección General de Política Interior, «Directrices para los casos de encierros en iglesias o centros de carácter público», 6 de enero de 1976, AHPA, 1099, 3, 64.
39. Ministerio de Gobernación. Dirección General de Política Interior, «Circular núm. 13/1976», 18 de marzo de 1976, AHPA, 1099, 3, 46.

40. Colectivo de Cine de Madrid (1976), *Sucesos de Vitoria* Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?time_continue=129&v=ZpVrHg3_8fl&feature=emb_logo [consultado el 20 de noviembre de 2020].
41. «Memoria de los acontecimientos que dieron lugar a los luctuosos sucesos del pasado 3 de marzo en Vitoria, desde su inicio hasta que se restableció la normalidad tras los mismos», AHPA, Subd. 983.1.2.
42. *El Correo*, 6 de marzo de 1976.
43. Entrevista a Iñaki Martín, Vitoria, 17 de marzo de 2015.
44. Entrevista a Iñaki Martín, Vitoria, 17 de marzo de 2015.
45. «Boletín informativo n.º 26 de 6 de julio de 1976, Comisaría General de Investigación Social», AHN-Fondos Contemporáneos.
46. ORGANIZACIÓN SINDICAL, «Alava. Memoria anual, síntesis expositiva». 1976, AHPA, Sindicatos, 38/4
47. «Memoria del Gobierno Civil de Álava, año 1975», AHPA, Subd. 704-5.
48. García, R. (2013), *Unidos...*, *op. cit.*, min. 38:50.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (2014): *De la posguerra al presente. Testimonios orales del movimiento obrero*, Oviedo: Uniovi.
- ABASOLO, J. A. (1987): *Vitoria 3 de marzo, metamorfosis de una ciudad*, Vitoria: Diputación Foral de Álava.
- CABRERO BLANCO, C. (2007): «Asturias. Las mujeres y las huelgas», en Babiano, J. (ed.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- CARNICERO HERREROS, C. (2009): *La ciudad donde nunca pasa nada, Vitoria, 3 de marzo de 1976*, Vitoria: Gobierno Vasco.
- DOMÈNECH SAMPERE, X. (2011): *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona: Icaria.
- ESTEFANÍA, J. (1976), «Formas de organización obrera en Vitoria», en *El Carabó* 1.
- GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVA (1976): *Informe Vitoria: una gran experiencia de lucha*, Vitoria.
- GUINDAL, M.; GIMÉNEZ, J. H. (1976): *El libro negro de Vitoria*, Madrid: Ediciones 99.
- LASHERAS, A. (2012): *3 de marzo 1976*, Vitoria: Arabera.
- MARTÍNEZ LARREA, J. (2015): «El movimiento vecinal en Álava durante la transición», en Bellver, V. *et alli, Otras voces, otros ámbitos. Los sujetos y su entorno*, Valencia: Universitat de Valencia.
- MOLINERO, C.; YSÁS, P. (2018): *La transición. Historia y relatos*, Madrid: Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ, Z.; MUJICA, I.; MIRALLES, N. (2018): *3M: Memoria: Las mujeres de Gasteiz en la matanza del 3 de marzo de 1976*, Mondragón: Intxorta 1937.
- PÉREZ, G. (2020): «Historias de vidas obreras en el polo industrial de Vitoria (País Vasco): del “milagro español” a la caída del franquismo (1959-1976)», en *Izquierdas*, 49, pp. 892-909.
- SÁENZ DEL CASTILLO VELASCO, A. (2015): *Las damas de hierro. La participación de las mujeres en la industrialización de Vitoria-Gasteiz (1950-1975)*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- THOMPSON, E. P. (2012): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing.
- VAL DEL OLMO, J. A. (2004): *Tres de marzo una lucha inacabada. Vitoria-Gasteiz. Historia del movimiento obrero y socialista desde 1970 hasta 1984*, Madrid: Fundación Federico Engels.

RESUMEN

En escasos dos meses de huelga el movimiento obrero de Vitoria fue capaz de poner en jaque al primer Gobierno de la monarquía. La huelga supuso la primera experiencia de participación política para miles de personas, las cuales sufrieron un rápido proceso de concienciación. A la vez, que sin esperar a las promesas gubernamentales pusieron en marcha un proceso asambleario basado en la democracia directa.

Con la radicalización del conflicto las demandas salariales fueron quedando en un segundo plano, a la vez que la calle se fue convirtiendo en protagonista. Esta huelga finalizó con la matanza del 3 de marzo, sin embargo, marcó un punto de inflexión en la historia de la ciudad, y sus efectos influyeron en los movimientos sociales que se desarrollaron durante esos años

Palabras clave: huelga, Vitoria, concienciación, democratización.

LABURPENA

Bi hilabeteko greban Gasteizko langileen mugimendua gai izan zen monarkiaren lehen gobernu kolokan jartzeko. Greba parte-hartze politikoko lehen esperientzia izan zen milaka pertsonarentzat, eta kontzientziazio-prozesu azkar bat jasan zuten. Aldi berean, gobernuaren aginduen zain egon gabe, zuzeneko demokrazian oinarritutako prozesu asamblearioa jarri zuten martxan. Gatazka erradikalizatu zenean, soldaten eskariak bigarren mailan geratu ziren, eta kalea protagonista bihurtu zen. Greba hau martxoaren 3ko sarraskiarekin amaitu zen, baina hiriaren historian inflexio puntu bat markatu zuen, eta honen ondorioek urte horietan zehar garatu ziren mugimendu sozialetan eragin zuten.

Hitz gakoak: greba, Gasteiz, kontzientziazio, demokratizazio.

ABSTRACT

Democratization and awareness in the Vitoria strike of 1976

In less than two months of strike, the Vitoria workers' movement was able to put the first government of the monarchy in check. The strike was the first experience of political participation for thousands of people, who underwent a rapid process of awareness. At the same time, without waiting for government promises, they launched an assembly process based on direct democracy.

With the radicalization of the conflict, wage demands were being left in the background, while the street was gaining importance. This strike ended with the 'March 3 massacre'. However, it marked a turning point in the history of the city, and its effects influenced the social movements that developed during those years.

Keywords: strike, Vitoria, consciousness-raising, democratisation.